

## El Tiempo de Cuaresma

Se da el nombre de Cuaresma al período de oración y penitencia con que la Iglesia prepara a las almas para celebrar el misterio de la Redención. *A los fieles*, aun a los mejores, propone nuestra Madre la Iglesia este tiempo litúrgico como *retiro anual* que les brinde la ocasión de reparar todos los descuidos de otros tiempos, y volver a encender en su corazón la llama del fervor. *A los penitentes*, les llama la atención sobre la gravedad del pecado, inclina su corazón al arrepentimiento y a los buenos propósitos, y les promete el perdón del Corazón de Dios.

*Recomienda San Benito a sus monjes que durante este santo tiempo se entreguen a la oración acompañada de lágrimas de contrición. Todos los fieles, de cualquier estado y condición, hallarán en las Misas de cada día de Cuaresma las fórmulas más admirables de oración con que dirigirse a Dios, y que se adaptan a las aspiraciones y necesidades de cada uno.*

### 1º Misterio del Tiempo de Cuaresma.

No nos maravillemos de que un tiempo tan sagrado como el de Cuaresma esté lleno de misterios. La Iglesia, que lo ha dispuesto como preparación a la fiesta de Pascua, ha querido que este período de recogimiento y penitencia estuviera aul-reolado de señalados detalles, propios para despertar la fe de los fieles y sostener su perseverancia en la obra de expiación anual.

**1º El número cuarenta y su significado.** — En el período de Septuagésima hallamos el número septuagenario que rememora los setenta años de la cautividad de Babilonia, tras los que el pueblo de Dios, purificado de su grosera idolatría, debía ver de nuevo a Jerusalén, y allí celebrar la Pascua. Ahora la Iglesia propone a nuestra religiosa atención el número cuarenta, que al decir de San Jerónimo es propio siempre de pena y aflicción. Recordemos la lluvia de cuarenta días y cuarenta noches que Dios envió al arrepentirse de haber creado al hombre, y que anegó bajo sus olas al género humano, a excepción de una familia. Consideremos también al pueblo hebreo errante cuarenta años en el desierto, como castigo de su ingratitud.

No es, pues, difícil comprender por qué el Hijo de Dios, encarnado para salvación del hombre, y queriendo someter su carne divina a los rigores del ayuno, haya elegido el número de cuarenta días para este solemne acto. La institución de la Cuaresma se nos presenta así en su majestuosa severidad, como medio eficaz para aplacar la ira de Dios y purificar nuestras almas.

*Veamos, pues, en estos días, al conjunto de almas fieles que ofrecen al Señor irritado este amplio cuadrigenario de expiación, y esperemos que, como en tiempo de Jonás, se digne una vez más ser misericordioso con su pueblo.*

**2º El Ejército de Dios.** — Para lograr la regeneración que nos haga dignos de recuperar las alegrías santas del *Aleluya*, hemos de triunfar sobre nuestros tres enemigos: *demonio, carne y mundo*. Unidos al Redentor que, en la montaña, lucha contra la triple tentación y contra el mismo Satanás, debemos estar armados y velar sin tregua. Para sostenernos con la esperanza de la victoria y alentar nuestra confianza en el divino amparo, nos propone la Iglesia el Salmo 90, que incluye en el primer domingo de Cuaresma y del que toma cada día varios versículos en las diversas horas del Oficio.

*Quiere la Iglesia, pues, que contemos con la protección que Dios extiende sobre nosotros «como un escudo»; que nos protejamos bajo «la sombra de sus alas»; que en El confiemos, porque nos apartará de los «lazos del cazador infernal», que nos roba la santa libertad de los hijos de Dios; que estemos seguros del valimiento de los santos ángeles, nuestros hermanos, a quienes el Señor «ha ordenado que nos guarden en todos nuestros caminos»; ellos, testigos respetuosos del combate que el Salvador soportó contra Satanás, se le acercaron después de la victoria para servirle y honrarle.*

**3º Pedagogía de la Iglesia.** — La Iglesia no se limita a darnos solamente una consigna contra las trampas del enemigo; sino que, alimentando nuestros pensamientos, presenta ante nuestros ojos tres grandes espectáculos que van a desarrollarse hasta la fiesta de Pascua, cada uno de los cuales nos produce emociones piadosas unidas a una instrucción solidísima.

En la primera de estas escenas vamos a presenciar el desenlace de la conspiración de los judíos contra el Redentor; conspiración que empieza a urdirse desde ahora, pero que estallará el Viernes Santo, cuando veamos al Hijo de Dios alzado en el árbol de la Cruz.

*La dignidad, sabiduría y mansedumbre de la augusta Víctima, se nos muestran cada vez más sublimes y dignas de un Dios. El divino drama que empezó en el portal de Belén, irá desenvolviéndose hasta el Calvario; para seguirlo nos bastará meditar las lecturas del Evangelio que la Iglesia nos propone día tras día.*

En segundo lugar, recordándonos que la Pascua es para los Catecúmenos el día del nuevo nacimiento, volará nuestro pensamiento a aquellos primeros siglos del cristianismo en que la Cuaresma era la última preparación para los aspirantes al Bautismo.

*Daremos entonces gracias a Dios, que se dignó hacernos nacer en tiempos en que el niño ya no necesita aguardar a la edad madura para experimentar las divinas misericordias. Pensaremos asimismo en el conjunto de catecúmenos que, en nuestros días, aguardan la gran solemnidad del Salvador vencedor de la muerte, para bajar, como en tiempos antiguos, a la sagrada piscina y salir de ella con el nuevo ser de la gracia.*

Debemos, por último, pensar en aquellos penitentes públicos que, solemnemente expulsados de la asamblea de los fieles el miércoles de Ceniza, eran, en

el transcurso de la Cuaresma, objeto de la preocupación materna de la Iglesia, que debía admitirlos, si lo merecían, a la reconciliación el Jueves Santo.

*Nos acordaremos entonces con qué facilidad nos ha perdonado Dios maldades que, en siglos pasados, sólo se perdonaban tras duras y solemnes expiaciones. Pensando en la justicia del Señor que permanece inmutable, cualesquiera que sean los cambios introducidos en la disciplina por la condescendencia de la Iglesia, sentiremos más vivamente la necesidad de ofrecer a Dios el sacrificio de un corazón verdaderamente contrito, y de animar con sincero espíritu penitente las menguadas satisfacciones que ofrecemos a la Majestad divina.*

## 2º Práctica del Tiempo de Cuaresma.

¡Qué disparatada es la ilusión de tantos cristianos que piensan ser irrepreensibles, sobre todo al olvidar su vida pasada, o al compararse con otros, y que, satisfechos de sí mismos, no piensan ya en los pecados de otros tiempos! ¿Acaso, se dicen, no los han confesado sinceramente? La abstinencia les molesta, el ayuno se les presenta como incompatible con la salud, quehaceres y deberes del día. Incapaces siquiera de tener la idea de suplir por otras prácticas de penitencia las que la Iglesia prescribe, sucede que, insensiblemente y sin darse cuenta, dejan de ser cristianos.

**1º Temor saludable.** — Para no caer en tal ceguera, la Iglesia, durante las tres semanas pasadas, nos hizo aplicarnos a reconocer las dolencias de nuestra alma y sondear las heridas que el pecado nos ha causado. Hizo que resonaran en nuestros oídos las maldiciones lanzadas por Dios contra el hombre pecador, a fin de que tembláramos ante el recuerdo de las venganzas divinas. «*El temor del Señor es el principio de la sabiduría*»; y por habernos sentido sobrecogidos de miedo, se despertó en nosotros el sentimiento de la penitencia. Ahora debemos sentirnos dispuestos a hacer penitencia. Conocemos mejor la justicia y santidad de Dios, y los peligros que corre el alma impenitente; y para que el retorno de nuestra alma a Dios sea sincero y duradero, hemos roto con las vanas alegrías y futilidades del mundo. La ceniza ya ha sido impuesta en nuestras cabezas, y nuestro orgullo se ha humillado ante la sentencia de muerte que ha de cumplirse en nosotros.

**2º Conversión del corazón.** — El principio de la verdadera penitencia radica en el corazón, como nos lo enseña el Evangelio en los ejemplos del hijo pródigo, del publicano Zaqueo y de San Pedro. El corazón ha de romper en absoluto con el pecado, deplorarlo amargamente, concebir horror hacia él, y evitar las ocasiones. Es lo que la Escritura llama *conversión*. El cristiano debe, por lo tanto, ejercitarse durante la Cuaresma en la **penitencia del corazón** y considerarla como fundamento esencial de todas las demás prácticas propias de este santo tiempo.

*Pero a la contrición del corazón debe unirse necesariamente la **mortificación del cuerpo**; estos dos elementos son esenciales a la penitencia. El corazón del hombre ha elegido el pecado, y el cuerpo le ha prestado ayuda para cometerlo. Estando compuesto el hombre de uno y otro, ha de unirlos en el homenaje que tributa a Dios.*

*El cuerpo ha de participar necesariamente de las delicias eternas o de los tormentos del infierno. No hay, por tanto, vida cristiana completa, ni tampoco expiación acabada, si ambos no participan en una y otra. Por eso la Iglesia nos advierte que no será aceptada la penitencia de nuestro corazón si no la unimos a la práctica exacta de la abstinencia y del ayuno.*

**3º Ejemplo de Cristo.** — El mismo Enmanuel será el modelo de nuestra penitencia, mostrándose a nosotros, no ya en apariencia de aquel tierno Niño que adoramos en el pesebre, sino semejante al pecador que tiembla y se humilla ante la soberana majestad ofendida por nuestros pecados, y ante la cual se declara fiador nuestro. A efectos del amor que nos profesa, viene a alentarnos con su presencia y sus ejemplos.

*Vamos a dedicarnos durante cuarenta días al ayuno y a la abstinencia; Él, la inocencia personificada, va a consagrar el mismo tiempo a mortificar su cuerpo. Nos alejamos de placeres y sociedades mundanales; Él se retira de la compañía y vista de los hombres. Queremos nosotros acudir asiduamente a la casa de Dios, y darnos con mayor ahínco a la oración; Él pasará cuarenta días con sus noches conversando con su Padre en actitud suplicante. Nosotros repasaremos nuestros años en la amargura de nuestro corazón gimiendo y lamentando nuestros pecados; Él los va a expiar por el sufrimiento y llorarlos en el silencio del desierto, como si Él mismo los hubiera cometido.*

*Apenas sale de las aguas del Jordán, santificándolas y fecundándolas, el Espíritu lo lleva al desierto. Antes de manifestarse al mundo, quiere Jesús darnos un magnífico ejemplo; y sustrayéndose a las miradas del Precursor y de la muchedumbre, dirige sus pasos al desierto. A corta distancia del río se levanta una escarpada montaña que las generaciones cristianas llamarán después «Monte de la Cuarentena». De su abrupta cresta se domina la llanura de Jericó, el curso del Jordán y el Mar Muerto, que recuerda la ira de Dios. Allí, al fondo de una gruta, va a cobijarse el Hijo del Eterno, sin más compañía que las alimañas. Jesús penetra sin alimento alguno para el sostén de sus humanas fuerzas; el agua misma que pudiera refrescarle no se halla en aquel desierto. Sólo se ve la desnuda piedra donde reposarán sus cansados miembros.*

Así, pues, el Salvador nos precede en la santa carrera de la Cuaresma, y la lleva a cabo ante nosotros para parar en seco con su ejemplo todos los pretextos, angustias y repugnancias de nuestra debilidad y orgullo. Aceptemos la lección en toda su amplitud, y comprendamos finalmente la ley de la expiación. Bajando de esa austera montaña el Hijo de Dios iniciará su predicación con esta sentencia que dirige a todos los hombres: «*Haced penitencia, porque se acerca el Reino de Dios*». Abramos nuestros corazones a esta invitación, para que el Redentor no se vea forzado a sacudir nuestra pereza con la amenaza escalofriante que profirió en otras ocasiones: «*Si no hacéis penitencia, todos pereceréis*».

(Extractos de *El Año Litúrgico*, de DOM PROSPER GUÉRANGER)